

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 6 de Mayo de 1926

La mujer en el hogar

Os voy a hablar, queridas lectoras, de la decisiva influencia que en el bienestar de la familia ejerce la mujer. Esta influencia depende casi exclusivamente de la conducta que para su sostenimiento observe la mujer.

Además de las prendas necesarias que para ser ama de casa se debe poseer, que es acertada dirección, economía y demás, son precisas muchas y excelentes cualidades, que, embelleciendo el hogar y el alma de la mujer, contribuyen a hacer la felicidad de aquellos a quienes ha de vivir unida. La modestia y humildad son las más indispensables; con ellas se logra dulcificar el carácter, a veces duro, del hombre a quien la aspereza y presunción de la mujer no hacen más que irritar.

Tampoco debe la mujer dejarse llevar de imprudentes arrebatos de mal humor, ni ser de genio áspero y dominante; tales defectos dicen muy mal con la natural ternura y bondad que nos han de caracterizar.

Los ratos de descanso debemos emplearlos en ocupaciones pacíficas y que estén en armonía, por ejemplo: al cuidado de animales domésticos, el cultivo de plantas, flores, los paseos y la ejecución de actos benéficos; he aquí en lo que debemos cifrar nuestra complacencia. Esto último, sobre todo, además de ser un precepto de la santa religión que debemos profesar, hace formar una alta idea de la que tan hermosos actos realiza. En todo un corazón sencillo, sensible, un alma noble, desinteresada, es la prenda de más valía que la mujer pueda ostentar.

No siempre salen las cosas a medida de nuestro deseo. La naturaleza humana está más cerca de sufrir dolores que de gozar prosperidades, y cuando nos sintamos víctimas de alguno de esos dolores, no debemos llevarnos de arrabatos de cólera de impaciencia; la resignación en el infortunio es el crisol en que las almas se purifican, y entonces hace que Dios se apiade de nuestra suerte y ponga término a nuestras desventuras.

Tengamos, pues, simpáticas lectoras, por norma, en que el alma de la mujer debe estar abierta a la bondad, a la compasión y a la beneficencia, si se quiere cumplir dignamente el sublime y consolador destino que nos está reservado sobre la tierra.

CONCHITA PUJOL SOLER.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Abril de 1926.

Toilettes para el buen tiempo

Los primeros días de buen tiempo han transformado la capital. París está cubierto de flores y sonríe al sol de Primavera. El mes de Abril ofrece el encanto de sus lilas y de sus graciosos atardeceres.

La temperatura benigna ha incitado a las mujeres a encargarse vestidos ligeros y claros. En las casas de costura se ha trabajado inten-



Vestido en reps y crépe de china verde almendra.

samente para satisfacer la febril impaciencia de las clientas.

Se busca ante todo los efectos de frescura y los coloridos alegres. Las sedas estampadas, transparentes, decoradas con minúsculos motivos floridos, gozan de gran boga; el crespón georgette, moteado, compone toilettes encantadoras que se ven en los tes y en los hipódromos.

Se advierte cierta preferencia por el fular y el «shaantung», que han estado bastante tiempo olvidados.

Las telas de algodón se emplean aún para los vestidos estivales y se prefieren las que llevan dibujos originales que resultan muy gratas a la vista y ofrecen la ventaja de ser de un precio muy módico.

Durante mucho tiempo las señoras, no se han atrevido a salir a la calle sin abrigo, y cuando lo hacían por excepción, les parecía que les faltaba algo. Hoy en día la boga de los «dos piezas» nos ha acostumbrado a prescindir del abrigo. Pero hay que reconocer que el vestido «sweater» no es una idea nueva.

La alta costura demuestra poseer gran imaginación, y combina con arte los colores y las telas diferentes. Hemos visto en una de las últimas colecciones un vestido de crespón majunga amarillo canario; la chaquetita era de pana negra.

Durante la temporada estival la capa de crespón o de lana tiende a reemplazar el abrigo recto. Se compone a veces de un trozo de paño que envuelve el cuerpo de manera muy armoniosa. Tal disposición sienta muy bien, sobre todo a las mujeres altas.

A pesar de estas novedades, son muchas las mujeres elegantes que permanecen fieles al conjunto; éste tiene muchas ventajas y ofrece en la calle el aspecto de un vestido muy correcto y poco llamativo. Pero una vez que la mujer se quita la prenda, su cuerpo aparece como el de una mariposa que sale de la crisálida, con un vestido que puede ser de una gran elegancia.

La fantasía más original predomina en la disposición de estos modelos. Se cuida generalmente de que el vestido haga juego con el forro del abrigo o con algún detalle del bordado, con que aparece adornado éste. Se acostumbra también a disponer los dos piezas de manera que formen un contraste de colores.

Hemos visto en el Bois un conjunto de esta clase de «kashacla» marino y de «kashacla beige», guarnecido con gruesos botones de nácar.

La «jaquette veston», de tejido de lana semiajustada, que forma con la falda un acusa-

do contraste de color, es en suma un traje hechura sastre de cierta fantasía, que conviene a las mujeres delgadas y sienta bien con el pelo corto.

A esta clase de prendas pertenece este original modelo que hemos adoptado en una gran casa de la rue de la Paix. La «jaquette» es de paño negro sobre un chaleco de piqué blanco; la falda es de tejido de lana cuadrado de negro y blanco.

Los modistos se han inspirado en el mismo principio para crear el «smoking» de noche, de «lamé», sobre una falda plisada de crespón de china, con chaleco ricamente bordado; pero este traje, demasiado excéntrico, no está al alcance de todo el mundo por su excesivo precio.

Vestidos de tarde de línea recta

En todas las épocas las mujeres han sido apasionadas por la variedad y el cambio en los vestidos y adornos de su persona. La inconstancia de la moda no es tan sólo de nuestros días, y nada tan elocuente a este propósito como la frase de La Bruyère:

«Apenas una moda ha destruido otra, cuando una tercera más reciente viene a ocupar su puesto y así sucesivamente.»

Esta temporada no queda ya nada de lo que tanto nos encantó hace unos meses; los pliegues han substituido a los «godets» y la holgura móvil ha destruido a la línea recta.

Las mujeres no quieren ya vestidos camisas únicamente ajustados por medio de una cintura; ahora se substituye ésta por medio de aplicaciones de paño en sentido contrario. Con frecuencia los vestidos de esta clase son de dos telas: popelina y crespón de China, por ejemplo. La «gasha» se emplea también mucho y resulta siempre muy chic. Se la subraya con una tonalidad opuesta o con un galón metálico, pues el oro y la plata desempeñan un importante papel en las últimas fantasías de la moda. Las aplicaciones de piel dorada o plateada constituyen asimismo motivos muy empleados por la alta costura y en infinidad de vestidos se ven botones de madera dorada.

Hay que reconocer que las mujeres de hoy en día no tienen la elegancia distinguida de los días de antes de la guerra. Es por el gran número de extranjeros que visitan París y acaban por imponer un poco de sus gustos? El caso es que a la mujer de ahora le gusta hacerse notar y que el lujo se ha hecho más vistoso. Los joyeros venden perlas descomunales y alhajas llamativas, y por eso las mujeres que poseen joyas de familia, de un tamaño que hace unos años hubiera parecido de mal tono, no vacilan en poné-selas.

Se ven algunos vestidos con cuerpos en los que los bordados simulan un «pendentif» y a veces las mangas ostentan tiritas de piel imitando los brazaletes. Son efectos muy divertidos y originales.

Aparecen algunos «sweaters» de tafetán; pero esta tela se empleará sobre todo para componer vestidos de estilo. Las grandes casas tratan de renovar esta clase de prendas que de ben llevarse más bien de noche. Se hacen actualmente vestidos 1830, de una gracia juvenil, y otros Luis XIV y Luis XV, de una suntuosa elegancia. Estos modelos no han alcanzado todavía gran difusión. Son tan distintos de los que se llevan generalmente, que las mujeres no se deciden a encargarlos.

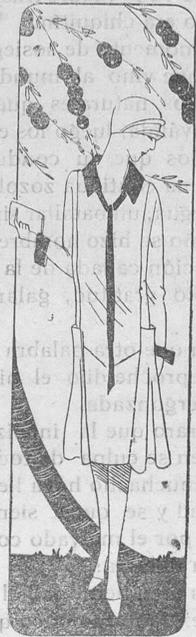
La temporada estival va a traernos la boga de una prenda un poco abandonada: el traje hechura-sastre. Nuestra época se caracteriza por un gran eclecticismo, y por eso, a pesar de la moda de los vestidos «flou», se ven algunas mujeres originales que llevan «smoking» y falda estrecha.

El traje sastre, que se eclipsó ante el conjunto, vuelve a gozar de la estimación de las elegantes. Se ven mucho en las colecciones más recientes de las grandes casas. La «jaquette» es generalmente corta y va guarnecida de pliegues a la altura de las caderas.

Se pueden llevar los modelos de hechura-sastre, con cinturón de color diferente, cuero rojo sobre tela gris, por ejemplo. A veces un

efecto de bolsillo bordado con punto de Beauvais pone una nota sugestiva en el conjunto sencillo delicado, y muy parisienne. La gama de los «beiges» y verdes goza de gran predicamento. Reaparece también el azul marino, que sienta bien y resulta práctico. El clavel o la camelia que adornaban la solapa del traje sastre, han sido substituidos por un ramito fosforescente, que es el «dernier cri».

Basta a veces un detalle moderno y de buen gusto para dar elegancia y fantasía a un vestido.



Vestido en popelina palo de rosa, cuello y adornos de las mangas en piel plateada.

COSAS DE LA VIDA

Pero, dime mamá, aunque no me oigas mi opinión. ¿Qué ócurrencia te ha dado de regalarle a Margarita un imperdible tan hermoso, y en cambio le haces regalo menos bueno, aunque también sea bonito, a María de R., la hija de la marquesa? Yo le he regalado un centro de cristal y plata magnífico, que me consta les ha encantado; y en cambio, a Margarita le he comprado cualquier cosa.

Pues, hija mía, precisamente porque Margarita, que es tan distinguida, tan fina, tan bien educada como María, sólo que no «figura» en la sociedad elegante desde que sus padres tuvieron aquella pérdida de fortuna, por eso mismo le hago yo mucho mejor regalo, pues no sigo la corriente del mundo, que los hace la mayor parte de las veces, no por cariño a la novia, si no por vanidad, por, la pícara vanidad, que es el móvil de esta vida mundana que os mueve a su antojo. Entre las amistades de María de R. se celebrará y se comentará tu espléndido regalo; el de ésta, el de aquella, y por eso los hacéis mejores y no miráis gastaros un dineral. Pero se casa una chica de modesta posición, y en vez de regalarle aquellos objetos que sabéis no ha de poder tener, pensáis y decís: para fulanita, cualquier cosa!... ¿es o no verdad?

—Sí, mamá, sí es cierto; pero esas

«pobres muchachas» se contentan con una friolera.

—¿Y qué quieres que hagan? ¿Sabes tú el efecto que les hará esa «friolera»? ¿crees que no pensarán lo mismo que te digo yo? Vamos, dime, hija mía ¿cuánto te han costado esos dos regalos?

—El de María ochocientas pesetas, y el de Margarita sesenta.

—¿Lo ves? Pues yo he gastado mil y pico de pesetas en el imperdible de Margarita, gozando con la alegría que sabía le iba a dar; y para María de R., por lo mismo que tendrá tantas cosas que ni sabrá donde meterlas, he gastado muchísimo menos. Pero hemos quedado en que para tu madre no se escribió aquello: «Vanidad de vanidades y todo es vanidad»...

MARÍA TERESA OIZ Y TRONCOSO.

La risa del cínico

Todavía va la madre tras del hijo como cuando era chiquitín...

Ni un momento de sosiego ha tenido desde que vino al mundo; primero los cuidados naturales que exige una criatura inválida, luego los extraordinarios desvelos que su conducta exigía; después, una continua zozobra; una lucha sin tregua, un batallar sin descanso.

Y el niño se hizo hombre, más aquella abnegación callada de la pobre mujer no halló gratitud, galardón, ni recompensa.

Alguna que otra palabra ofensiva en absurdo reproche dijo el hijo, con torpeza desvergonzada.

No es raro que la infeliz responsable, a quien se culpa de todo descalabro en el muchacho haya llegado a perder la salud y se queje siempre; e implore aún por el malvado con maternal y amorosa dulzura:

—¡Dios mío, perdonadle!

Nada extraño tampoco que casi haya perdido la vista a fuerza de llorar, y sí asombroso que conserve aún la fé; única fuente de inagotables consuelos para el desgraciado.

Vive pues, milagrosamente, quizá tomando la vida como una dosis impuesta por el médico; esto es, de cada día un trago... un trago que tiene amargura de hiel.

Sonando desgracias pasa unas noches espantosas, porque la persiguen espectros, y la intimidan visiones de horrible realidad demoledora. Hasta que el fuerte desvario en la brusca impresión irresistible la despierta y parece quemarle los labios la queja:

—Este hijo... este hijo...

Un día vió las puertas de la cárcel abrirse a su paso, y una nube de locura la cegó hasta golpear al mozo causante de tanta desventura, sin el menor motivo.

Pero el terror de un presentimiento suele ser una revelación. Cuentan así de María Antonieta que se vió en un espejo con la cabeza separada del tronco, y... murió en el cadalso.

Llenó, pues, la mujer al muchacho de improperios y de maldiciones, le tiró a la cabeza cuanto halló a su alcance.

Pero...

Aquella desesperación inesperada, hizo en el hijo poca mella, ningún rasguño recibió su cuerpo, y... aun menos lesión el alma pétrea, dura, irreductible.

Sonó del hijo la risa burlona con salvaje brío... luego otra risa muy triste, que tradujeron de un modo horrible los ojos de la madre.

Y el mozo se asustó al fin, delante de aquella mirada fija, amenazante, perturbadora.

—¡Madre!...—gritó despavorido. Mas ella se reía, se reía... se había vuelto loca.

MARÍA DEL AMPARO BORRAS.

(De «Las Noticias»).

EL RETRATO

No sé como vino a parar a mis manos, sólo recuerdo que estuve largo tiempo contemplándolo.

Era el retrato de una muchacha, hermosa, veinte años a lo sumo, postura distinguida y ojos picarescos en los que bailaba una luz tal de alegría, capaz de volver loco al hombre más sensato.

Pero la cartulina era vieja, sus esquinas estaban terriblemente magulladas, tanto que una de ellas no pudo resistir las tremendas heridas recibidas y se trocó, cayendo lánguidamente, como en un desmayo.

Pues, ¿y el resto de la postal? Arrugado, mojado o con visibles huellas de haberlo sido, borrosos los negros cabellos y el rostro, aquel rostro que debía ser blanco y transparente no había corrido mejor suerte que el resto de tan malhadada fotografía.

—Debe ser muy antigua, pensé.

Pero no, antigua no podía serlo, pues para ello precisaba que los cabellos de la linda muchacha estuvieran rizados, formando vaporosos bucles o elevados a gran altura, semejando promontorios y, en fin, deberían abundar los accesorios propios de los peinados difíciles y complicados propios de la época a que yo pretendía remontar su origen.

Mi asombro fué grandísimo al fijarme en este adorno femenino, capaz por sí solo de caracterizar una época. Mi heroína lucía el peinado a lo garçón. Era, por tanto, un retrato de actualidad.

A lo sumo, podía ser de unos 5 ó 6 meses atrás.

—Pero entonces—decía yo dándole vueltas entre mis dedos—¿cómo podrá en tan poco tiempo haberse estropeado tan lastimosamente! Mala suerte debió correr el pobre.

Estando en estas reflexiones tropezaron mis ojos con una inscripción que llenaba casi el dorso. Era larga y en extremo original y curiosa:

«Me pediste un retrato que fuera una prenda, una promesa de mi amor.

«Sólo se me ocurre acceder a tus peticiones con una frase que recuerdo ahora y viene muy al caso: «Quién dá un retrato promete el original.—Mimí».

Al atardecer de aquel día, en esa hora en que la vida pueblerina es suave y se desliza insensiblemente; en esa hora crepuscular que yo prefiero a todas, el retrato que descansaba en mi cesta de labor, movióse débilmente, o así lo creí ver como para llamar mi atención.

Lo tomé presurosa en mis manos y él, aprovechando la paz y quietud casi sepulcrales de aquel momento, tan propicio a las confidencias, me contó su historia:

«No hace cuatro meses que un renombrado artista de la fotografía impresionó sobre mi cuerpo, que no era sino una cartulina de color uniforme, la graciosa imagen que aquí ves. Este fué el origen de mi calvario.

«Las vicisitudes que en este corto período he sufrido, sólo puede resistirlos una naturaleza fuerte como la mía, la que, como ves, ha sufrido aún grave quebranto.»

Con acento de suficiencia añadió como si en ello hubiesen de quedar ex-

plicados los motivos de su desventura:

—«Soy el retrato de una coqueta.»

Pero como yo siguiera interrogando, ansiosa e intrigada ya por el relato continuó:

«Al llegar flamante y nuevecito, a la casa de mi amo, acto seguido y sin darme un momento de reposo fué trasladado a un gallardo y valiente oficial del Ejército, que me miró complaciente y tras de echar una ojeada a la inscripción que en mi reverso se lee, metióme en su maleta diciendo, con un acento de ligereza que me indignó, pues yo esperaba mejor recibimiento:

—¡Bonitos ojos! No es fea, no, la chiquilla.

Y en la maleta fuí apretujado entre mil cachivaches y objetos pertenecientes al despectivo Marte y trasladado a las lejanas tierras africanas donde fué mandado a prestar sus servicios mi entonces dueño y señor. Alguna que otra vez, al revolver los trastos que formaban su equipaje, tropezaba conmigo; entonces me cogía y siempre con glacial indiferencia me contemplaba un ratito y volvía a meter en el rincón donde tantos apretones y revueltas había sufrido.

Hasta que un día, la mano enérgica del oficial me sacó de un tirón y sin consideraciones de mi agujero (a causa de una brusca ruptura de relaciones, según supe luego) metióme en un sobre sin mirarme y fué reintegrado a mi gentil amita.

Pero, por lo visto, no estaba ella dispuesta a tenerme en su compañía y fuí llevado enseguida a la hermosa mansión de un pollo bien.

¡Oh felicidad! Nunca fuera tan considerado ni respetado como en aquella casa:

Mi nuevo señor recibióme con transportes de alegría y me colocó en un marco dorado, feísimo, demostrando que su gusto artístico no era tan bien como la gente quería suponer.

Pero al poco tiempo y cuando desde mi brillante pedestal miraba soberana y despectivamente a los demás objetos de la habitación y sólo me faltaba el cetro en la mano para parecer el soberano de aquel diminuto reino, fuí destronado y tras pasar nuevamente por la casa de mi dueña, di con mi cuerpo en la buhardilla triste y destartada de un poeta. Un vate romántico que me mojó con sus lágrimas al recibirme y por poco borra la figura de la muy querida a fuerza de besos y continuos remojones.

En compañía de unas flores mustias y descoloridas que olían a tabaco barato, descansé durante unos días sobre el corazón, que latía tumultuosamente, del enamorado joven.

Y así sucesivamente fuí pasando por las manos de representantes de casi todas las esferas sociales y viajé en auto y en avión y fui despiadadamente arrugado y maltrecho en los bolsillos de un hombre de negocios que corría siempre frenéticamente y asaltaba tranvías y me sacaba muy raras veces a luz y ellas para enseñarme a sus amastades, a las que decía orgulloso: Es mi prometida. ¡Qué linda. ¿verdad?

Luego un músico sentimental y rubio, de mirar lánguido, me paseó por cabarets y cines en la caja de su violín.

Y un no menos romántico y enamorado galeno, me asfixió casi con los aromas penetrantes y desagradables de su clínica.

Y cada vez que regresaba a casa mi ama, era con un nuevo desgarrón, o una mancha, o una arruga...

Mi confidente, asustado quizás de haber charlado con demasía, enmudeció

súbitamente y volvió a su antigua postura, entre triste y resignada.

Y yo, pensando en la frase que lleva escrita, me digo:

—¿En cuántos trozos tendrá que dividirse la coqueta Mimí para cumplir las numerosas promesas que hizo su retrato?

PIERRETTE.

Mahón, Abril de 1926.

EN EL TOCADOR

LA NARIZ ROJA

La coloración roja o rubicundez del cutis nasal es la alteración que más afea un rostro, y uno de los principales defectos que pueden padecerse y que deben ser evitados a todo trance. En algunos casos es debido al uso, aunque lo sea moderado, de vinos y licores. En este caso deben ser suprimidos éstos, y si no puede ser totalmente, por lo menos tomarlos mezclados con agua. En otras personas esta irritación proviene del uso de las comidas de salazones, caza fuertemente condimentada y pescados y mariscos fuertes o sazonados con excitantes. También en este caso debe suprimirse esta clase de alimentos.

Las irregularidades gastrointestinales, que producen siempre congestiones, muchas veces localizadas en la nariz y en las mejillas, son otra de las causas a que puede obedecer la coloración rojiza del apéndice nasal. En este caso, se debe seguir un régimen especial refrescante, consistente en tomar antes de cada comida un sello de

Betel
Magnesia
Bicarbonato de sosa
a... 25 cgr. por cachet.

A demás, sólo se comerán carnes blancas, legumbres verdes y huevos.

Si la rubicundez es muy subida, por pertenecer a la familia de los acnes, debe lavarse la nariz cada día y varias veces al día, con agua caliente, dándose al propio tiempo lociones de:

Agua de rosas . . . 125 gramos
Alcohol alcanforado . . . 15 »
Azufre precipitado . . . 10 »
Goma del Senegal pulverizada . . . 4 »

Dr. MANNHEIM.

LECCIONES DE COSAS

Para limpiar los objetos de nácar, láveselos con blanco de España y agua fría. No debe usarse el jabón, porque estropea el irisado.

Para proteger los objetos de hierro contra el moho, basta untarlos con una pasta que se obtiene fundiendo una parte de resina en siete de manteca de cerdo, fresca. Esta pasta tiene la gran ventaja de adherirse fuertemente al hierro y de preservarle durante mucho tiempo contra los efectos atmosféricos. Se la puede quitar con bencina.

La pasamería, los galones y los bordados metálicos se ennegrecen y se ensucian con frecuencia.

Para devolverles el primer brillo, se echa miga de pan sentado en el fondo de una cacerola, medianamente calentada. Cuando la miga está caliente, se la machaca de modo que se forme una especie de pasta que se pone sobre el bordado o el galón, apretándolo ligeramente, como si se quisiera sacar un molde. Déjese secar, tapando con un trapo. Algunas horas después se quita; la pasta se ha secado bien y luego se cepilla ligeramente.

Las botas de charol son perjudiciales cuando se las gasta constantemente; no dejan salir el sudor y acaban por engendrar frialdad en los pies.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón